

## Miércoles XXXI del TO Ciclo A



8 de noviembre de 2023

Rom 13, 8-10

Sal 111

Lc 14, 25-33

P. Eduardo Suanzes, msp

Para poder entender el sentido del evangelio de hoy es preciso recordar que están en camino hacia Jerusalén. La escena del banquete dentro de la casa del fariseo ha terminado; comienza una nueva etapa, que se desarrolla fuera, en el camino: Lucas quiere que ahora nos centremos en este camino, en el avance a Jerusalén. No son ya los adversarios, ni los discípulos, sino la gente favorable que camina con él, pero sin haberse comprometido todavía en su seguimiento. La verdad es que siguen ignorando todavía lo que significa ser discípulo. Presentando Lucas a esta gente en marcha, prepara la instrucción de Jesús sobre la condición para ser discípulo.

Jesús advierte a esa multitud que le seguía alegremente, de las dificultades que entraña un auténtico seguimiento. Les hace reflexionar sobre la sinceridad de su postura. Sólo en el contexto del seguimiento de Jesús, podemos entender las exigencias desorbitadas (preferirle a la familia, cargar con la cruz, renuncia a todo), que nos propone.

Si nos fijamos bien, la gente marcha con Jesús, va con él. Pero no basta con «*marchar con Jesús*». Es necesario además romper con el pasado, cuando seguíamos un camino distinto. No es posible tener el corazón dividido<sup>1</sup>, estar detrás y adelante a la vez; no se puede servir a dos amos a la vez. El discípulo tiene que escoger. Escoger es saber renunciar, sobre todo saber separarse. La gente, que va a Jesús, marcha a su lado, pero para que su adhesión y su comunión sean verdaderas y duraderas, hay que añadir, como complemento ineludible, la separación de lo que más llevamos en el corazón. Ni siquiera Jesús te exige que seas cristiano, pero si decides caminar con él, no hay más remedio que dejar de caminar en otras direcciones. Nuestra limitación nos impide caminar en dos direcciones a la vez.

Tres son las exigencias que propone Jesús al que quiere seguirle: posponer a toda su familia, cargar con su cruz y renunciar a todos sus bienes. Las tres se resumen en una sola: **disponibilidad total. Sin ella no puede haber seguimiento.** Estas exigencias no se deben intentar comprender desde el intelecto porque fracasaremos estrepitosamente: nadie que haya experimentado el amor de Dios puede afirmar que Dios quiere que no quieras a tu familia: eso es una locura. No hay que entender estas renunciaciones desde la lógica sino desde la intuición. Por mucho que nos exprimamos el coco, no podemos entenderla con la razón, pero podemos indicar por dónde van los tiros.

Y es que no es fácil entender bien lo que Jesús propone. La manera de hablar nos puede jugar una mala pasada. La radicalidad absoluta tiene una explicación. En las lenguas del

---

<sup>1</sup> Cfr. FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio según san Lucas. II*. Ed. Sígueme. Salamanca, 2002

hebreo y en arameo no existen los comparativos ni los superlativos, por lo que tienen que valerse de exageraciones para expresar la idea.

El seguir a Jesús está basado en el amor. Pero el amor que nos pide no está reñido con el verdadero amor al padre o a la madre. Si el seguimiento es incompatible con el amor a la familia es que está mal planteado. El amor que nos pide el evangelio está más allá del que nace del sentimiento, pero no estará nunca en contra. Seguir a Jesús nos enseñará a amar más y mejor también a nuestros familiares.

Otro problema muy distinto es que ese seguimiento provoque en los familiares la oposición y el rechazo. El tema del rechazo está más ligado a la aceptación de la cruz que al amor a la familia. Si los familiares, muy queridos, te quieren apartar de tu verdadera meta, está claro que no puedes ceder por un amor mal entendido, aunque eso cause un verdadero dolor.

Jesús va a Jerusalén precisamente a ser crucificado. No olvidemos que los evangelios están escritos mucho después de la muerte de Jesús, y la tienen siempre presente. Lucas está haciendo referencia a lo que hizo Jesús, pero a la vez, es un símbolo de todas las dificultades que encontrará el que se decide a seguirle. Una vez emprendido el camino de Jesús todo lo que pueda impedir seguir adelante hay que superarlo cueste lo que cueste.

En cuanto a la tercera exigencia, «renunciar a todos sus bienes» no es nada fácil entenderla para nosotros hoy. Recordemos que a los que entraban a formar parte de la primera comunidad cristiana se les exigía que pusieran a disposición de la comunidad todo lo que tenían. No se tiraban por la borda los bienes. Solo se renunciaba a disponer de ellos al margen de la comunidad. El objetivo era que en la comunidad no hubiera pobres ni ricos, sino que todos tuvieran las mismas posibilidades de acceder a lo que se consideraba de todos.

Hoy sería imposible llevar a la práctica este ideal de desprendimiento. Pero podemos entender que la acumulación de riquezas se hace siempre a costa de las carencias de otros seres humanos, hoy tendríamos que descubrir que lo que yo poseo, puede ser causa de miseria para otro ser humano. En realidad se trata de elegir entre las seguridades que da la posesión de cualquier bien o alcanzar mayor grado de humanidad.

Jesús invita a que lo pensemos bien y apela simple y sencillamente al sentido común<sup>2</sup>. Eso es lo que propone con las parábolas del que construye la torre o con la del rey que va a atacar a otro rey. Las dos parábolas insisten en el conocimiento de las condiciones y la plena conciencia con que se debe tomar la decisión de seguir a Jesús. Porque quien quiera seguir a Jesús y construir la nueva humanidad del Reino ha de discernir adecuadamente y no tomar la decisión a lo loco. Porque seguir este camino requiere tomar la cruz, vender todos los bienes y regalarlos y querer amar más allá del estrecho círculo familiar. No se puede volver la vista atrás cuando se ha puesto la mano en el arado. Todos los sectores de la vida quedan afectados.

---

<sup>2</sup> Cfr. DANIEL MARGUERAT. *Parábola*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1992